

Juicio de Dios: El ángel de la muerte (11.1, 4-8; 12.29-41)

Jehová dijo a Moisés: Una plaga traeré aún sobre Faraón y sobre Egipto, después de la cual él os dejará ir de aquí; y seguramente os echará de aquí del todo (11.1).

Aquella era una noche como cualquier otra, cuando en todo Egipto, los habitantes apagaban las lámparas para retirarse a descansar. Lo anterior no significaba que los eventos ocurridos durante las últimas semanas hubiesen sido normales. El pueblo había visto agua convertida en sangre, ranas, piojos, moscas, la muerte del ganado, úlceras, granizo, langostas y tres días de tinieblas. No hay duda de que habían sido días de mucha intranquilidad. Tal vez Faraón pensó que ya las plagas habían cesado. Moisés, el líder de los israelitas, había dicho que ya no volvería más ante su presencia. También, se oían rumores de que entre los israelitas habría un festín, de que se matarían corderos y de que habría toque de queda. El ambiente debió haber estado muy callado cuando todos los israelitas se recogieron en sus casas. Iba a ser una noche que nadie olvidaría.

Dijo, pues, Moisés: Jehová ha dicho así: A la medianoche yo saldré por en medio de Egipto, y morirá todo primogénito en tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su trono, hasta el primogénito de la sierva que está tras el molino, y todo primogénito de las bestias. Y habrá gran clamor por toda la tierra de Egipto, cual nunca hubo, ni jamás habrá. Pero contra todos los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, ni un perro moverá su lengua, para que sepáis que Jehová hace diferencia entre los egipcios y los israelitas (11.4-7).

Y aconteció que a la medianoche Jehová hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sentaba sobre su trono, hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel, y todo primogénito de los animales (12.29).

Cuando el ángel de la muerte llegó, podemos imaginar que fueron miles los que murieron aquella noche. El primogénito de cada familia fue muerto, ya fuera recién nacido o anciano, esclavo o libre. Sólo sobrevivió el primogénito de aquellas casas cuyo dintel y postes de su entrada fueron untados de sangre de cordero.

No hay película de terror que pueda describir el horror de aquella noche. A medianoche, las lámparas de las casas egipcias, tuvieron que volver a ser encendidas, para que las familias pudieran ver los cadáveres de los seres queridos que habían muerto tan repentinamente. La noche debió haber sido perturbada por los gritos de los dolientes, y de los vecinos que frenéticamente hablaban entre sí para enterarse de que toda casa en Egipto, había tenido al menos una muerte. Hasta el primogénito de Faraón había muerto.

Y se levantó aquella noche Faraón, él y todos sus siervos, y todos los egipcios; y hubo un gran clamor en Egipto, porque no había casa donde no hubiese un muerto. E hizo llamar a Moisés y a Aarón de noche, y les dijo: Salid de en medio de mi pueblo vosotros y los hijos de Israel, e id, servid a Jehová, como habéis dicho. Tomad también vuestras ovejas y vuestras vacas, como habéis dicho, e idos; y bendecidme también a mí (12.30-32).

Faraón hizo llamar a Moisés y a Aarón en aquella misma hora y le dijo a Israel que saliera. Los egipcios apremiaron a Israel a salir de Egipto y lo hicieron de modo frenético. Decían: «¡Todos somos muertos!». Tan apresurada fue la partida de Israel, de Egipto, que se llevaron sus artenas de masa sin leudar, las

envolvieron en sábanas y las cargaron sobre sus hombros. Es probable que estas artesas fueran como los pequeños tazones de madera que los nómadas usan en Medio Oriente hoy día. Los israelitas no tenían más que pedir, y los egipcios les daban alhajas, plata y oro, y vestidos. Así, Israel dejó la cautividad egipcia.

Esta noche reveló ciertas verdades acerca de la naturaleza de Dios y de Su juicio. Si reducimos este relato al nivel de una historia para niños, nos habremos perdido de algo muy precioso.

EL JUICIO DE DIOS ES SEGURO

La seguridad con la que Dios sentenció, que moriría el primogénito de toda casa sin sangre de cordero untada sobre ella, es la misma con la que Él juzgará el mundo un día. Ese día fue anunciado desde tiempos antiguos en el Antiguo Testamento, y también fue anunciado por Jesús y otros en el Nuevo Testamento. La gente podrá pretender que jamás sucederá, podrá hacer caso omiso o reírse de ello, pero nada de esto evitará la venida de tal día.

En el caso de Egipto, el juicio vino a la mitad de aquella noche de Pascua. Dios dijo que sucedería, y sucedió. Dios también dice que un Día del Juicio viene; y con la misma certeza que hace 3.500 años cumplió Su promesa a Israel, también cumplirá Su promesa de juzgar a todos los pueblos.

Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala (Eclesiastés 12.14).

Entonces todos los árboles del bosque rebotarán de contento,
Delante de Jehová que vino;
Porque vino a juzgar la tierra.
Juzgará al mundo con justicia,
Y a los pueblos con su verdad (Salmos 96.12b-13).

Jesús habla de un «día del juicio» en Mateo 10.15; 11.22; 12.36. En Juan 12.48, se le llama «día postrero» al Día del Juicio: «El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero».

Cuando Pablo le predicó a Félix acerca de «la justicia, del dominio propio y del juicio venidero» (Hechos 24.25), Félix se espantó. Pablo escribió en 2ª Corintios 5.10, lo siguiente: «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo». Son muchos los pasajes que hablan del Día del Juicio.

Terry Rush, un predicador de Tulsa, Okla-

homa, refirió una experiencia de una terrible tormenta que dejó sin energía eléctrica a parte de Tulsa. Como esto sucedió un domingo, y estaban sin energía eléctrica en el edificio donde él predica, tuvo que quedarse en casa. En su casa había electricidad, así que decidió encender su televisor. Lo que vio fue una entrevista que le hacía Morley Safer, en el programa «60 Minutos», al gran comediante Jackie Gleason. Safer le preguntó a Gleason si él creía en Dios. Gleason, casi al final de su vida, afirmó con absoluta certeza que él creía en Dios y en que habrá un Día del Juicio. Safer le dijo: «Seguramente crees que te las arreglarás para librarte de ello». Gleason, con gran seriedad, respondió que nadie podía evitarlo. Con lágrimas en sus ojos, le dijo a Safer que deseaba conocer a Dios.

Rush trató de llamar a Gleason. Al final le escribió una larga carta y le envió una copia de su último libro. Unas semanas después Gleason murió. Su familia le envió una carta a Rush agradeciéndole a éste el envío del libro, y le dijeron que su preocupación significó mucho más de lo que podían expresarle en palabras. Gleason estaba consciente de que hasta él mismo tendría que enfrentarse a ese día de ajuste de cuentas, estuviera preparado o no.

EL JUICIO DE DIOS ES IMPARCIAL

Cuando el ángel de la muerte hirió a Egipto, nadie estuvo exento: ni el pobre, ni el esclavo, ni siquiera la casa de Faraón. Moisés dijo: «Jehová ha dicho así:... y morirá todo primogénito en tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su trono, hasta el primogénito de la sierva que está tras el molino, y todo primogénito de las bestias» (11.4-5).

Cuando Cristo venga y el juicio se lleve a cabo, todo mundo estará allí. Una de las más vívidas imágenes que se nos da del Día del Juicio delante del trono de Dios, es la que se encuentra en Apocalipsis veinte:

Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras (Apocalipsis 20.12).

Todo mundo estará allí: los presidentes, los líderes mundiales, las estrellas de cine, los presidentes de las juntas directivas de las compañías, los grandes y los pequeños. Los predicadores de todas las confesiones religiosas estarán allí, y también estará usted. No importará cuán grandes se nos consideró

ante los ojos del mundo. Estaremos de pie por respeto a Dios y seremos juzgados.

No se tratará de modo especial a los pobres; ni gozarán de favores los ricos. La justicia de Dios será pura, santa y perfecta. Dios no nos juzgará por lo que tuvimos, sino por lo que hicimos. No nos juzgará por lo que poseímos, sino por lo que fuimos.

EL JUICIO DE DIOS ES PRECEDIDO DE ADVERTENCIAS

Durante los días anteriores a la noche que el ángel de la muerte vino, Moisés le impuso una plaga tras otra a Egipto. Cada plaga fue una advertencia del poder y del juicio de Dios. Faraón no estaba escuchando. Noé predicó durante el tiempo que estuvo construyendo el arca. Se le llamó «pregonero de justicia» (2ª Pedro 2.5). Solamente su familia escuchó, pero la generación que murió en el diluvio no puede decir que no se le advirtió. Hoy día la misma clase de advertencias son proclamadas por la iglesia. ¡El juicio viene! La iglesia debe hacerse visible y audible para el mundo.

Si somos la luz del mundo, debemos alumbrar. Tenemos amigos, familiares y compañeros de trabajo, que necesitan oír el mensaje en el sentido de que el Día del Juicio viene. Esto es lo que se nos dice: «Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego» (Apocalipsis 20.15).

A Dios no le agrada condenar pecadores al infierno. Él pagó un alto precio, su propio Hijo unigénito, para evitar que fuéramos al infierno. Él no desea «que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2ª Pedro 3.9).

El juicio es inevitable. El saber que viene, debería hacernos actuar ahora mismo. Un día enfrentaremos a Dios. No habrá excusas ni se podrá culpar a otro. Estaremos de pie y daremos cuenta de *nosotros mismos*, y de nadie más que nosotros. ¿Qué más podrá hacer Dios que nos mueva a prepararnos para tal día?

EL JUICIO DE DIOS HACE DIFERENCIA

Dios le dijo a Moisés: «Pero contra los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, ni un perro moverá su lengua, para que sepáis que Jehová hace diferencia entre los egipcios y los israelitas» (11.7). Aquella solemne noche, el ángel hizo diferencia. Israel fue perdonado. No tuvieron luto, ni lágrimas —sólo un festín de cordero y la sangre untada en los postes de las puertas. El Día del Juicio, Dios también hará diferencia.

Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo... Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo 25.31-41).

Mientras el resto del mundo se aterrorizará por la grandeza y la santidad de nuestro Dios, y por la insensatez de su incredulidad, los cristianos podrán acercarse al juicio con confianza: «En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo» (1ª Juan 4.17).

En el juicio, el cristiano fiel será juzgado con misericordia, no con justicia, por causa de Cristo, nuestro Cordero Pascual, el cual derramó su sangre por nosotros.

Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua. El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades (1ª Pedro 3.18-22).

CONCLUSIÓN

¡Qué gran diferencia! ¡Mientras el mundo se encoge de temor por el Día del Juicio, los cristianos pueden tener seguridad y esperanza!

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios (Romanos 5.1-2).

Una de dos, o está usted preparándose para el Día del Juicio o está haciendo caso omiso de él. ¿Cuál de las dos afirmaciones se refiere a usted? ■